

discursoboda.es

Buenas tardes a todos, y sobre todo, buenas tardes, Javier y Marta.

Hoy me toca hablar como madre, pero también como alguien que ha tenido la suerte de ver cómo dos personas se van encontrando a lo largo de ocho años, paso a paso, como quien avanza por un sendero al atardecer sin prisa y sin perderse de vista.

Os conocisteis en una biblioteca, rodeados de apuntes subrayados y ese silencio que te obliga a prestar atención a lo importante. Me gusta pensar que en esa mesa, entre folios prestados y cafés demasiado largos para “solo repasar”, empezó algo serio sin necesidad de grandes declaraciones. Primero compartisteis apuntes. Luego compartisteis tiempos muertos. Y poco después, os descubristeis compartiendo planes. Eso, visto desde fuera, siempre ha tenido verdad.

Marta, lo que más me impresionó de ti desde el principio fue tu serenidad. No es que no te alteres nunca; es que tu manera de estar calma lo que toca. Y tu empatía no es de palabras bonitas: se ve en cómo escuchas, en cómo haces hueco a las preocupaciones ajenas sin restar importancia a las propias. Y trabajadora... eso no hace falta ni explicarlo: lo cuenta tu constancia, tu forma de ir sumando pequeñas victorias sin hacer ruido.

Javier, hijo, de ti siempre digo lo mismo: no te rindes porque no sabes rendirte. Eres perseverante hasta en las cosas pequeñas, noble en lo que eliges cuando nadie te ve, y con un sentido de familia que se nota en los gestos cotidianos: en llamar para saber si alguien llegó bien, en aparecer cuando falta una mano, en recordar fechas que otros olvidan. Tenías eso antes de conocer a Marta, sí; pero con ella lo has pulido, lo has vuelto más ancho.

He visto cómo os acompañáis cuando todo sale bien y, sobre todo, cuando no.

Cuando uno se trae a casa una duda, el otro la abre, la mira con calma y ayuda a ponerle nombre. Cuando el trabajo aprieta, el otro pone un poco de orden a los horarios y un poco de desorden a las preocupaciones. Y cuando algo duele, en lugar de daros discursos, os dais una manta, una sopa caliente, un paseo sin móvil. Eso no lo invento yo: lo cuentan vuestros fines de semana de silencios compartidos y esos regresos tarde, pero juntos, de la sala de cine.

Porque sí, si hay un ritual que os dibuja bien, es el de vuestro cine clásico. Podríais discutir si Hitchcock o Wilder, si el blanco y negro es una elección o una necesidad, pero siempre termináis viendo los créditos hasta el final, como si allí se escondiera una clave para entenderos mejor. Y quizá es eso: os tomáis el tiempo para comprender las historias, incluso las vuestras. Os he visto salir de una peli con dos miradas diferentes y, en vez de pelear por quién “tiene razón”, rescatar cada uno el detalle que al otro se le escapó. Eso, en una convivencia, vale oro.

Y luego están vuestras caminatas al atardecer. Esas de andar sin prisa, de observar a la gente en las plazas, de comentar las fachadas que se iluminan, de pararse a comprar pan aunque no hiciera falta. Paseos donde parece que no pasa nada y, sin embargo, se decide todo lo que de verdad importa. En esas caminatas habéis resuelto exámenes, mudanzas, cenas con poco presupuesto y planes que ahora toman forma de anillo y de promesa.

Quiero dar las gracias a quienes os han traído hasta aquí con su ejemplo y su cariño. A los abuelos que hoy están presentes, gracias por enseñarnos que la paciencia no tiene edad y que la risa compartida alarga la tarde. Gracias por vuestra presencia que lo llena todo sin hacer ruido. Y, permitidme un momento para recordar a un abuelo que hoy no está físicamente: “Siempre con nosotros.” No hace falta decir más; lo sabemos.

Como madre, a veces una quisiera escribirle la vida a los hijos: corregir párrafos, tachar miedos, subrayar certezas. Pero la mejor noticia que puedo dar hoy es esta: no hace falta. Habéis aprendido a editar cada día con lápiz, a equivocarse sin drama, a celebrar los capítulos buenos con algo tan sencillo como una sopa

de domingo o una película de viernes. Eso es matrimonio, creo: no una sucesión de fuegos artificiales, sino un hogar donde se enciende a tiempo la luz del pasillo.

Permitidme compartir algunas escenas que guardo. Marta, aquella primera cena en casa. No fuiste de hablar mucho; escuchaste. Preguntaste por las manías de la familia con un humor suave, y en un momento te levantaste a ayudar a recoger sin hacer el más mínimo ruido de invitada perfecta. No intentaste caer bien: fuiste tú. Y eso, para una madre, es la prueba que vale.

Javier, recuerdo el día que saliste de un examen que no te fue como esperabas. Llegaste serio, dispuesto a morder la frustración. Marta te sentó, te puso delante un té, y te dijo una sola frase corta que no repetiré porque os pertenece. Lo importante fue lo que pasó después: guardaste el orgullo en el bolsillo y respiraste. Ese día vi a un hombre que aprendía a apoyarse. Y a una mujer que sabía sostener. Sin discursos, sin héroes. Compañeros.

He visto también cómo cuidáis a los vuestros. Cómo encontráis hueco para las visitas a los mayores, para las llamadas que nunca son “rápidas” y sin embargo nunca sobran. Cómo hacéis que un cumpleaños improvisado se vuelva casa. Y cómo, cada vez que algo os sobrepasa, volvéis a lo esencial: una tarde de paseo, una película antigua, el silencio que no incomoda.

Os deseo, de corazón, que sigáis siendo equipo. Que sepáis discutir con honradez, sin miedo a perder un punto si el otro gana tranquilidad. Que aprendáis a pedir perdón con la misma soltura con que dais las gracias. Que no olvidéis hacer planes, sí, pero que dejéis siempre una puerta abierta a las sorpresas que no estaban en el guion. Que conservéis el humor incluso cuando la lavadora se estropee y la nevera esté casi vacía. Y que recordéis que la grandeza de los días se mide en gestos pequeños: una nota en la nevera, un “llego tarde, pero llego”, un “pon tú la película, que me fío”.

No hace falta que nadie os diga lo que es amar; lo habéis estado practicando desde aquella biblioteca. Amar es compartir apuntes, aunque a veces falten

subrayados. Es levantarse y volver a intentarlo. Es mirar al otro al final del día y encontrar en su rostro el lugar donde todo se ordena. Es aceptar que habrá escenas difíciles y, aun así, quedarse hasta los créditos.

Hoy, ante todos, firmáis un capítulo nuevo. No lo hacéis para que cambie lo que ya funciona, sino para protegerlo, para cuidarlo mejor, para nombrarlo con todas las letras. Eso es un acto de valentía: elegir cada día al mismo compañero, sabiendo que cambiaréis, y que en ese cambio habrá sitio para los dos.

A los abuelos, de nuevo, gracias por estar. A la familia y los amigos, gracias por sostener este entramado de manos que hoy rodea a Marta y a Javier. Las historias buenas nunca son de dos solamente: siempre hay un coro de voces queridas que empuja en el mismo sentido.

Y a vosotros, Marta y Javier, que la vida os encuentre siempre mirando en la misma dirección, aunque discutáis sobre si hoy toca Chaplin o Berlanga. Que no os falten los paseos que ponen el mundo a la altura de los pasos. Que vuestro hogar sea ese lugar donde la palabra “nosotros” suena sencilla y suficiente.

Felicidades, hijos. Caminad tranquilos. Nosotros caminamos con vosotros.

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es